

Dos tiempos

Escribe: EDUARDO GARCIA PIEDRAHITA

ESCENA I

Un claro en la selva. En el fondo, un rancho de tierra y hojas. Suspendida de dos trozos de madera una hamaca. Troncos de árboles diseminados aquí y allá. Al lado de la puerta que da a la habitación, un fusil. Media tarde.

Jairo (avanzando apoyado en el brazo de Raúl)—Me ha salvado usted. ¡No sabe cuánto se lo agradezco!

Raúl—Me parece que ahora está usted bastante fuerte, ¿no es así?

Jairo—Me siento otra persona. (Pequeña pausa). Debe haber transcurrido muchos días desde la última vez que comí. ¿Me dijo usted que su nombre era Raúl?

Raúl—Así es.

Jairo (mirando en derredor)—¿Y vive por aquí hace mucho tiempo?

Raúl—Ya he olvidado cuánto. Yo mismo ignoro cuántos años tengo; he perdido la cuenta. Por otra parte ¿de qué me serviría? En este rincón del Amazonas, rodeado de aborígenes, metido a ratos en este rancho de bahareque y palmas, cercado por la selva, la vida adquiere otra dimensión, y lo que las cosas expresan no es la misma que tienen en lo que hemos dado en llamar civilización: las ciudades con sus violencias, con sus autopistas y sus aviones de chorro. Toda mi riqueza consiste en dos cabezas de ganado flaco, un plantío de yuca y el único fusil del poblado.

Jairo (dirigiéndose hacia la hamaca, donde se echa con un gesto de cansancio)—Me parece que estoy mejor así, don Raúl.

Raúl—Acuéstese... Eso es. Voy a buscar algunos remedios. Los de hoy serán los últimos... espero. (Penetra en el rancho y reaparece a los pocos segundos llevando una vasija de madera en la que agita y machaca alguna cosa con el cabo de una rama). La selva tiene remedios para todos los males. Mi madre, que era india, me enseñó a distinguir muchos de ellos.

Jairo—¿India...? ¿Pero no es usted colombiano?

Raúl—Lo era mi padre. La mayoría de la gente de este poblado, hombres y mujeres, son hijos míos. Todos me obedecen. Por eso, y porque además tengo mi fusil. (Le da de tragar el extraño brebaje a su huésped). Mi padre era hombre instruido. ¿Sabe usted leer?

Jairo—Hombre ¡naturalmente!

Raúl—No todos tienen esa suerte. Yo no sé.

Jairo (con ligera sonrisa)—Supongo que aquí no habrá muchas oportunidades para leer, de manera que el no saber...

Raúl (interrumpiéndole)—Pues se equivoca usted. Tengo muchos libros. Hasta hace cinco años vivió aquí un brasilero que me leía diariamente. Era negro. Había recibido una buena instrucción en Belén del Pará. Tuve la mala suerte de que se me muriera. Ah, pero cuando usted se reponga por completo me leerá en voz alta, ¿no es verdad?

Jairo—Lo haré con mucho gusto.

Raúl—Sí, sí..., usted leerá para mí. ¡Para mí! Ja, ja, ja...

ESCENA II

El mismo lugar de la Escena anterior. Por el suelo yacen algunos envoltorios atados con harapos, hojas de palma y tiras de pellejo. El viejo Raúl enarbola un volumen extraído de aquellos paquetes.

Raúl—Me decía usted que formaba parte de una avanzada de tres hombres... (Habla un poco abstraído mientras hojea el libro que tiene entre las manos).

Jairo—Eramos parte de una expedición científica conjunta de los gobiernos colombiano y brasilero. Creo habérselo dicho ya...

Raúl—Sí, sí; algo relativo a los límites, ¿no es así?

Jairo—De pronto perdimos el rumbo y...

Raúl—Ya lo sé. ¡Me lo ha dicho usted tantas veces! Pero no vale la pena recordarlo. ¡Hum!

Jairo—Me ha salvado usted la vida. Lo reconoceré mientras aliente en este mundo, don Raúl.

Raúl (con una idea fija)—Bien..., bien...; entonces podemos echar una ojeada a mis libros.

Jairo (observando curioso los tomos que su compañero va extrayendo de los envoltorios) —Ha acumulado usted una buena biblioteca. Realmente tiene usted una marcada pasión por los libros.

Raúl—Ha dicho usted la palabra precisa. ¡Me apasionan! (Luego de revolver algunos volúmenes). No importa que empecemos por uno o por otro, ¿eh?

Jairo—Tendrá usted sus preferencias, supongo. ¿Acaso los libros de filosofía?

Raúl—¿Filosofía? ¡Bah! (Mirándole fijamente a la cara). ¿Le gusta a usted Dumas?

Jairo—Bueno... ¿por qué no?

Raúl—A mí me seduce enormemente. Fueron los primeros libros que oí leer. Primero me los leyó mi padre, luego el negro y ahora va a leérmelos usted. Aunque los he leído varias veces, nunca me cansan. (Le alarga un volumen a Jairo). Lea usted; le escucho. (Va hacia la hamaca y Jairo se sienta en uno de los troncos).

Jairo (leyendo pausadamente)—“El Conde de Montecristo”, novela de Alejandro Dumas...

ESCENA III

El mismo lugar de las precedentes, algunos días después.

Jairo (apoyando la mano en las páginas del libro)—Todavía nos faltan muchas páginas; vamos apenas en la mitad del segundo tomo. Espero que podré acabarlo antes de marcharme.

Raúl—Sin duda..., sin duda... No se inquiete usted por eso.

Jairo—Querido don Raúl, usted sabe que debo ir pensando en mi regreso a la civilización y...

Raúl (interrumpiéndole)—A la civilización... ¡Puf! Me parece que usted confunde la civilización con la ciudad: la buena mesa, el cine, la televisión... ¡Qué se yo! Es una manera bastante irracional la que tienen ustedes los letrados acerca de la civilización. Nosotros, cada uno de nosotros, somos civilizados a nuestra manera; tenemos nuestra vida interior **completamente** civilizada, puede usted creerlo. La civilización de ustedes incluye violencia, rapiña, guerras, bancarrotas fiscales y financieras, pérdida de la libertad, muerte judicial, pactos y moneda despreciada... ¡Ja, ja, ja!

Jairo—Son puntos de vista... Yo estimo muchísimo su bondad, pero...

Raúl—Amigo mío, todas mis bondades para con usted están ampliamente recompensadas con la lectura de usted. No me vuelva a hablar de ello.

Jairo—Pero es que, en realidad, necesito pensar en mi regreso. ¿Cuándo podré conseguir un bote?

Raúl—Sí..., sí...; lo mismo le ocurría al negro; no pensaba en otra cosa. (Suspirando). Pero murió aquí.

Durante esta escena, al igual que en las anteriores, se escuchará, rondando el lugar, el chillar de los monos, el crujir del ramaje y las voces indefinibles y lejanas de seres humanos.

Jairo (estremeciéndose)—¡Aquí murió! ¡En esta soledad cargada de rumores! (Levantándose). Pero yo no moriré aquí. ¡No, no!

Raúl—Vamos..., vamos..., cálmese usted; nadie puede decir dónde irá a morir. ¿Qué más da, por otra parte, que sea aquí o en otro sitio? ¡Extraño ser es el hombre! Echa de menos todas las preocupaciones que trae consigo eso que llaman civilización; el aislamiento le conturba y le enardece; quiere vivir a cada momento metido entre sus anhelos insatisfechos y sus fracasos dolorosos.

Jairo—Perdóneme usted, don Raúl: ¿cuándo puedo hacerme a un bote?

Raúl—Pero si no hay ningún bote.

Jairo—Bueno..., los indios pueden construir uno.

Raúl—Pero tendrá que esperar la estación de las lluvias, mi estimado amigo. El río está seco.

Jairo—¿Y cuánto tardará?

Raúl—Un mes..., dos meses... ¡Nunca se sabe!

ESCENA IV

El mismo escenario de las anteriores, sólo que ahora hay una hamaca más y la barba de Jairo se ha tornado abundante.

Jairo—Vamos dando remate a “Los tres mosqueteros”, y si mis cálculos no fallan han pasado ya dos meses, quizás más... Tres, tal vez.

Raúl—¡Lee usted admirablemente! Le confieso que no he notado el paso del tiempo. ¿Dice usted dos meses? ¡Qué va!; a mí me ha parecido una semana. ¿Qué es el tiempo? El tiempo no existe, mi querido Jairo, a lo menos en el concepto vulgar. Si existiera positivamente sería igual para usted que para mí. Y ya ve usted que disentimos en cuanto a su transcurso; para usted han pasado dos meses; para mí una semana. Cuando sufrimos, el tiempo se alarga; cuando gozamos, el tiempo se acorta. ¿Entonces...? Vamos, no se aflija usted; lo que ha de venir, vendrá.

Jairo—Lo que sé **positivamente** es que ha llegado la estación de las lluvias. Y esto no podrá usted negarlo, ¿eh?

Raúl—No; en efecto, han llegado las lluvias.

Jairo—Es el momento entoces de ir preparando la marcha.

Raúl—Ahora es imposible; los indios nunca construirán una canoa en la estación de las lluvias; es una de sus supersticiones.

Jairo (fuera de sí)— ¡Podría usted habérmelo dicho antes!

Raúl—¿Y no se lo dije, acaso? Bueno..., se me olvidaría. ¡Qué memoria la mía!

Jairo—Don Raúl, debo hablarle francamente. Usted me salvó la vida, y cuando regrese a la civilización le recompensaré hasta donde me alcancen mis posibilidades. Le pido que me deje marchar.

Raúl—Marchar... ¡Bah! ¿De veras quiere usted irse? (Encogiéndose de hombros). Por mí...

Jairo—Usted sabe muy bien que no puedo hacerlo sin su ayuda. Le juro que tan pronto llegue a Manaos encontraré a alguien que venga a leerle todo el día. Y yo le pagaré por hacerlo.

Raúl—Pero si yo no necesito otro lector... ¡Lee usted tan bien!

ESCENA V

Idéntico escenario. Mediodía caliginoso. Raúl come con su fusil amartillado entre las rodillas y Jairo reanuda la lectura de "El collar de la reina".

Jairo—¡Un año! ¡Quién lo creyera!

Raúl—Tiene usted una marcada obsesión por el tiempo. Créame que me sorprende su insistencia. ¿Lleva la cuenta en la punta de los dedos?

Jairo—Me retiene usted a su lado contra mi voluntad. Le pido nuevamente que me deje partir.

Raúl—Amigo mío, nadie le retiene aquí. Váyase cuando guste.

Jairo—Debo contar con usted para ello. Una orden suya basta para que los indios me acompañen en el camino. ¡Hágalo usted, don Raúl!

Raúl—Bien..., bien...; haré lo que pueda. ¿Quiere usted continuar con la lectura? Este "Collar de la reina" es uno de los libros más apasionantes de Dumas. Continúe usted, continúe...

ESCENA VI

Raúl permanece sentado sobre un tronco con el fusil sobre las piernas. Jairo sale de la choza con pasos vacilantes, visiblemente mareado.

Raúl—Querido Jairo, llega usted esta tarde con retraso a la lectura. ¿Cómo se siente?

Jairo (pasándose la mano por la frente)—Mal, muy mal. Creo que aquella bebida me hizo daño; sentí como una especie de letargo..., una terrible somnolencia...

Raúl—¿Sabe usted cuánto ha dormido? Dos días.

Jairo—¡Dos días! No diga tonterías; eso no es posible.

Raúl—Verdaderamente es mucho tiempo.

Jairo—¡Y habla usted de tiempo!

Raúl—Esta vez lo medí muy bien; tenía mis razones para ello. Y ha sido una lástima, porque no ha podido ver a nuestros visitantes...

Jairo (interrumpiéndole, despabilado ya). ¿Visitantes? ¿Ha dicho usted visitantes...?

Raúl—Pues, sí. Vinieron tres forasteros. Tenían mucho interés en verle. Pero usted estaba tan dormido que yo nada podía hacer. Venían de lejos..., en su busca. Yo les dí su reloj como recuerdo. Querían llevar a la esposa de usted algo suyo; y han ofrecido una gran recompensa por tener noticias suyas. Se mostraron muy complacidos con el relojito... Pero no creo que vuelvan a visitarnos. (Suspirando) ¡Tendremos que seguir viviendo aislados del mundo, sin otro placer que la lectura!

Jairo—¡Oh...! Han venido por mí a rescatarme y usted... ¡Oh...! (Se mesa desesperadamente los cabellos).

Raúl—Vaya..., vaya...; iré a buscar alguna medicina para usted. La selva tiene remedio para todos los males: para tenerlo a uno despierto y para hacerlo dormir. (Le da unas palmadas en la espalda a su compañero). Mañana leeremos de nuevo "El Conde de Montecristo". Ese libro tiene pasajes que no puedo oír sin estremecerme...